

13

Annie Ernaux

No he salido de mi noche



Mi madre sufrió la enfermedad de Alzheimer a principios de los años 80. Al final, tuve que ingresarla en una residencia de ancianos. Siempre que volvía de mis visitas, necesitaba escribir sobre ella, sobre su cuerpo, sus palabras, el lugar donde se encontraba. No sabía que aquel periodo me conduciría hacia su muerte, en 1986.

Al hacer públicas estas páginas, las revelo tal y como fueron escritas, fruto del estupor y el trastorno que entonces sentía yo. No he querido modificar nada al transcribir aquellos momentos en que me quedaba junto a ella, fuera del tiempo, de todo pensamiento. Había dejado de ser la mujer que había conocido, que velaba por mi vida, y sin embargo, bajo ese rostro inhumano, por su voz, sus gestos, su risa, era mi madre, más que nunca.

Annie Ernaux

No he salido de mi noche



Título original: *Je ne suis pas sortie de ma nuit*

Annie Ernaux, 1996

Traducción: Lydia Vázquez Jiménez, 2017

Revisión: 1.0

09/06/2021

Mi madre empezó con pérdidas de memoria y comportamientos extraños dos años después de sufrir un accidente de circulación grave —se la llevó por delante un coche que se saltó un semáforo en rojo— del que se había recuperado perfectamente. Durante varios meses, pudo seguir viviendo de manera autónoma en la residencia para mayores, de Yvetot, en Normandía, donde ocupaba un pequeño apartamento para ella sola. En el verano del 83, en plena canícula, se encontró mal y la ingresaron. En el hospital descubrieron que llevaba varios días sin comer ni beber. En su frigorífico solo había unos terrones de azúcar. Ya no podía quedarse sola.

Decidí llevármela a casa, a Cergy, convencida de que en ese marco, familiar para ella, con la presencia de mis dos hijos mayores, Éric y David, que me había ayudado a criar, sus perturbaciones desaparecerían, que volvería a ser la mujer dinámica e independiente de antes.

No fue así. Su memoria siguió deteriorándose y el médico habló de la enfermedad de Alzheimer. Dejó de reconocer los lugares y a las personas, a mis hijos, a mi ex marido, a mí misma. Se convirtió en una mujer perdida, recorriendo la casa de arriba abajo o permaneciendo sentada horas en las escaleras del pasillo. En febrero de 1984, a la vista de su postración y de su negativa a alimentarse, el médico prescribió su traslado al hospital de Pontoise. Se quedó allí dos meses. Después, y tras una breve estancia en una clínica privada, sería admitida de nuevo en el hospital de Pontoise, en el servicio de geriatría, donde falleció de una embolia en abril del 86, a los setenta y nueve años.

En el periodo que pasó en casa me puse a anotar, en trozos de papel, sin fecha, frases, comportamientos de mi madre que me aterrorizaban. No podía soportar que semejante degradación se apoderara de mi madre. Un día soñé que le gritaba enfadadísima: «¡Deja de estar loca de una vez!». Luego, cuando volvía de visitarla en el hospital de Pontoise, necesitaba escribir sobre ella a toda costa,

sus palabras, su cuerpo, que me resultaba cada vez más cercano. Escribía muy rápido, sumida en la violencia de las sensaciones, sin pensar ni buscar un orden.

Constantemente, en todas partes, me venía a la cabeza la imagen de mi madre en ese lugar.

A finales del 85, empecé el relato de su vida, con sentimiento de culpa. Tenía la impresión de encontrarme en un tiempo en que ella ya había dejado de existir. También vivía desgarrada, entre una escritura donde la imaginaba joven, comiéndose el mundo, y el presente de las visitas que me conducía a la inexorable degradación de su estado.

Al morir mi madre, rompí ese comienzo de relato, emprendiendo otro que vio la luz en el 88, *Una mujer*. Durante todo el tiempo que me ocupó la escritura de aquel libro, no volví a leer las páginas redactadas durante la enfermedad de mi madre. Era como si me estuvieran prohibidas: había consignado sus últimos meses, sus últimos días, hasta el penúltimo, sin saber que lo eran. Esa inconsciencia de lo que se avecinaba —que sin duda caracteriza toda escritura, al menos la mía— adquiriría en ese caso un aspecto espantoso. En cierta manera, aquel cuaderno de visitas me había conducido a la muerte de mi madre.

Durante mucho tiempo pensé que nunca lo publicaría. Quizá deseaba dejar de mi madre, y de mi relación con ella, una sola imagen, una sola verdad, la que intenté alcanzar en *Una mujer*. Creo ahora que la unicidad, la coherencia en la que desemboca una obra —sea cual sea, por otra parte, la voluntad de tener en cuenta los datos más contradictorios— debe ponerse en peligro cuantas veces sea posible. Al hacer públicas estas páginas, se me presenta la ocasión.

Las revelo tal y como fueron escritas, fruto del estupor y el trastorno que entonces sentía yo. No he querido modificar nada al transcribir aquellos momentos en que me quedaba junto a ella, fuera del tiempo —salvo, quizá, el de una pequeña infancia reencontrada—, de todo pensamiento, menos: «es mi madre». Había dejado de ser la mujer que había conocido, que velaba por mi vida, y sin embargo, bajo ese rostro inhumano, por su voz, sus gestos, su risa, era mi madre, más que nunca.

En ningún caso se leerán estas páginas como un testimonio objetivo sobre la

«larga estancia» en una residencia, y menos aún como una denuncia (las cuidadoras eran, en su mayoría, de lo más atentas), sino únicamente como el residuo de un dolor.

«No he salido de mi noche» es la última frase que escribió mi madre.

A menudo sueño con ella, tal como era antes de su enfermedad. Está viva pero *ha estado muerta*. Cuando me despierto, durante un minuto, sigo convencida de que vive de verdad con esa doble forma, muerta y viva a la vez, como esos personajes de la mitología griega que han franqueado dos veces el río de los muertos.

marzo de 1996

1983

diciembre

Permanece sentada en una silla, en el comedor. Postrada, con el rostro inmóvil, laxo. No tiene la boca abierta, pero de lejos lo parece.

«No consigo dar con él» (el neceser, el guante de la ducha, la rebeca, todo). Se le escapan las cosas.

Quiere ver la tele ahora mismo, imposible esperar a que quite los platos de la mesa. Ya no entiende nada, solo su deseo.

Cada noche, subimos a acostarla, David y yo. En el lugar donde el *parquet* se convierte enmoqueta, levanta la pierna muy arriba, como si se metiera en el agua. Nos reímos, ella también se ríe. Hace un rato, ya acostada en la cama, jubilosa, después de tirar todos los objetos de la mesilla al querer ponerse crema, me dice: «Ahora voy a dormir, gracias señora».

Ha venido el doctor. No ha podido decirle su edad. Se ha acordado muy bien de que ha tenido dos hijos. «Dos hijas», ha precisado. Se había puesto dos sujetadores, uno encima de otro. He pensado en el día en que descubrió que yo llevaba uno sin haberle dicho nada. Sus gritos. Tenía catorce años, era una mañana de junio. Yo iba en combinación y estaba lavándome la cara.

Me han vuelto los dolores de estómago. Ya no me enfado con ella ni con sus pérdidas de memoria. Solo indiferencia.

Hemos ido al centro comercial. Ha querido comprarse el bolso más caro de La Bagagerie, un bolso de cuero negro. Repetía: «Quiero el más bonito, es mi último bolso».

Luego la he acompañado a La Samaritaine. Un vestido y una chaqueta, esta vez. Anda lentamente y tengo que llevarla casi en volandas. Se ríe sin motivo. Las dependientas nos miran raro, se sienten incómodas. Yo no, pero las miro de arriba abajo, con arrogancia.

Ha preguntado a Philippe, ansiosa: «¿Qué es usted de mi hija?». Él suelta una carcajada: «¡Su marido!». Ella se ríe.

1984

enero

Siempre confunde su habitación con mi despacho. Me abre la puerta, se da cuenta de su error, vuelve a cerrar despacito, veo que se sube lentamente el picaporte, como si no hubiera nadie detrás. Angustia. Dentro de una hora volverá a las andadas. Ya no sabe dónde está.

Esconde las bragas manchadas debajo de la almohada. Esta noche me he acordado de las bragas llenas de sangre que escondía ella debajo del montón de ropa sucia en el desván hasta el día de la colada. Yo tenía apenas siete años y me quedaba mirándolas, fascinada. Y ahora están llenas de mierda.

Esta noche estaba corrigiendo exámenes. Al lado, en el cuarto de estar, ella ha levantado la voz, sosegada, como en el teatro. Hablaba a una niña invisible: «Es tarde, nenita mía, es hora de que vuelvas a tu casa». Se reía, toda contenta. Me he tapado los oídos con las manos, me ha parecido que me adentraba en algo inhumano. No estoy en el teatro, ES MI MADRE HABLANDO SOLA.

He encontrado una carta que había empezado ella a escribir: «Querida Paulette: no he salido de mi noche». Ahora, ya no puede escribir. Son como las palabras de otra mujer. Era hace un mes.

febrero

Durante la comida habla como si trabajara en una granja, como si mis hijos fueran los empleados y yo la patrona. Solo quiere *petits suisses* y dulces.

Isabelle (mi sobrina) ha comido con nosotros este domingo, muerta de la risa a cada frase aberrante de mi madre. Solo nosotros tenemos derecho a reírnos de las locuras de mi madre, nosotros, los niños, yo, ella no. La gente de fuera, no. Éric y David dicen: «¡Es demasiado, la abuela!». Como si, en su demencia, siguiera siendo extraordinaria.

Se ha levantado esta mañana y con un hilillo de voz: «Me he hecho pipí en la cama, se me ha escapado».

Las mismas palabras que decía yo cuando me pasaba de pequeña.

Sábado, ha vomitado el café. Estaba tumbada, inerte. Sus ojos habían empequeñecido, tenían una aureola roja. La he desvestido para cambiarla. Su cuerpo es blanco y blando. Después, me echo a llorar. Es a causa del tiempo, de aquel otro tiempo. Y también porque es mi cuerpo lo que estoy viendo.

Me da miedo que se muera. La prefiero loca.

lunes 25

Hemos estado esperando dos horas en urgencias, con mi madre tumbada en una camilla. Se ha meado. Un muchacho había querido suicidarse con barbitúricos. Hemos entrado en la consulta, han echado a mi madre en la mesa. El interno le ha levantado el camisón hasta el vientre. Sus muslos, su sexo blanco, algunas estrías. De repente es como si fuera yo, así exhibida.

He pensado en la gata que murió cuando tenía yo quince años, se orinó en mi almohada antes de morir. Y en la sangre, en los humores que perdí antes de abortar, hace veinte años.

marzo

jueves 15

En el pasillo del hospital —no, decir la residencia de ancianos del hospital,

última planta— oigo: «¡Annie!». Es ella, que me llama, la han cambiado de habitación. ¿Cómo ha reconocido mi silueta? Ya no ve, o apenas (su catarata). Cuando entro en la habitación, dice «estoy salvada». Sin duda eso quiere decir «porque estás aquí». Me cuenta toda suerte de contingencias, con detalles precisos: las tareas que le obligan a hacer, sin pagarle, sin darle de beber. Una fabulation desbordante. Pero ahora me reconoce siempre, al contrario de cuando estaba en mi casa.

sábado 17

Me acoge muy mal. Ceñuda: «¡Tus visitas me molestan! ¿Has visto cómo te comportas? ¿No te da vergüenza?». Estoy estupefacta, acabo de pasar la noche con A., haciendo el amor. ¿Cómo se ha enterado? La creencia de mi infancia me sumerge, su ojo capaz de verlo todo, como Dios, en la tumba de Caín. Añade: «¡No es posible! ¡Seguro que te habrían drogado!». Más tarde: «¡El mundo se ha vuelto loco! ¡Tiene que ser eso!». Me echo a reír, algo aliviada. Nunca mujer alguna estará tan cerca de mí, hasta estar como en mí.

domingo 18

Eran las siete de la tarde, y ya se había quedado dormida. La despierto. Cree que su vecina de cama es un niño que acaba de ahogarse en un estanque: «Los guardias estaban sentados justo delante, en un banco, y no han hecho nada para salvarlo». Bruscamente, me dice: «¿Entonces, esa boda, es para dentro de quince días?». (Y resulta que mañana voy a ver a la abogada para pedir el divorcio).

martes 28

Sus manos deformadas. El índice, prominente desde el nudillo, parece una garra de pájaro. Cruza los dedos, se los frota. No puedo dejar de mirarle las manos. Sin una palabra, se levanta para ir a cenar. En el momento en que entra al comedor, soy «ella». Inmenso dolor de ver que su vida termina así.

abril
miércoles 4

Me he sentado en su sillón, y ella, en una silla. Impresión terrible de desdoblamiento, yo soy yo y ella. Se ha metido pan en los bolsillos, el viejo miedo a que falte, a pasar hambre (antes eran terrones de azúcar, siempre en el bolsillo, en el bolso). Se queja de no poder relacionarse con nadie, de que los hombres solo piensan en ir detrás de las faldas. Los recelos de toda su vida.

domingo 8

El viernes pasado salí en *Apostrophes*.

Hoy la habían puesto en otra habitación, con dos pacientes encamadas, mudas. La habían atado al sillón. Al parecer le picaban mucho los ojos y no paraba de darse saliva en los párpados. Me ha contado que hubo un robo la noche anterior pero «nos han respetado la vida, eso es lo principal». La he desatado para pasearla por el pasillo y enseñarle sus ojos a la enfermera. Ese horror de verla desnuda, de espaldas, cuando la levanto, con ese camisón que se abre entero por detrás.

En el pasillo, he visto, por la puerta entreabierta de una habitación, a una mujer con las piernas levantadas. A su lado otra mujer gemía exactamente como si se corriera. Todo era alucinante esta tarde. Y el sol lucía, resplandeciente.

sábado 14

Está comiendo la tarta de fresas que le he traído, pinchando la fruta en medio de la crema pastelera. «Aquí no tienen contemplaciones conmigo, me hacen trabajar como a una negra, y nos dan mal de comer». Sus obsesiones, el miedo de los pobres del que ya me había olvidado.

Frente a nosotras, una mujer descarnada, espectro de Buchenwald, está sentada, muy recta, con una mirada terrible. Se levanta el camisón, se le ve el pañal pegado al sexo. Las mismas escenas en la tele resultan tremendas. Aquí no. Aquí no hay nada tremendo. Solo mujeres.

domingo de Pascua

Cuando llego, está acostada. La afeitó. Las otras dos mujeres de la habitación no abren la boca. Olor a pis, a mierda. Oigo gritos en la habitación de al lado: es la antigua compañera de mi madre en el hospital, la señora Plassier. Me digo a mí misma: ¡Es Pascua! Los coches desfilan por la autopista. Retornos de un hermoso domingo. La vecina de mi madre está echada con la mano en el sexo. Más triste que la tristeza misma.

jueves 26

Escena difícil. Cree que vengo a buscarla, que se va a ir de aquí. Su decepción es inmensa, no puede tragar bocado. Remordimientos espantosos. A veces, sin embargo, tranquilidad: es mi madre y ya no es ella.

Oído a Zouc: «La gente tiene que morirse para asegurarse uno de no seguir bajo su dependencia».

domingo 29

La afeitó y le corto las uñas de las manos. Estaban sucias. Su lucidez: «Me quedará aquí hasta que me muera». Y: «He hecho todo lo posible para que fueras feliz, y no por eso lo has sido más».

mayo

martes 8

Mi madre estaba acostada, minúscula, con la cabeza echada hacia atrás como los domingos por la tarde de mi infancia (¿me molestaba?), con las piernas levantadas (lo mismo que en mi infancia). Llevaba un pañal. Su vergüenza, «me lo he puesto para no ensuciar». Su ira, también, sin rastro de las virtudes cristianas que veneraba: «¡Haber trabajado toda la vida y acabar así!». Su mirada es opaca, de loca. Sus rasgos sí son los suyos, su nariz, sus labios de perfil bonito

y regular.

He pensado en el 8 de mayo del 58, tenía yo veintiséis años. Había ido a la ciudad bajo una lluvia ininterrumpida, para esperar a Guy D. No lo vi. Llevaba un paraguas rojo y un abrigo loden.

Cuando he entrado en el ascensor para irme, se ha quedado plantada delante. Las puertas se han cerrado y ella ha seguido hablando. Un momento insoportable.

domingo 13

Aquí, en Us^[1], peor que en Pontoise. La celadora me dice con tono de reproche: «Se ha hecho pis, ha puesto la habitación perdida».

Mi sadismo me horroriza. He obligado a mi madre a ponerse el corsé, las medias. Se abrocha como puede el corsé. Tiene las piernas muy flacas, le han puesto unas bragas de punto de algodón «Petit-bateau». Me obedece, amedrentada. Esta escena me obsesiona, mi madre con la mirada de una demente, tengo unas ganas de llorar enormes y no acabo de estallar (¿lo conseguiré cuando se muera?). Mi sadismo de hoy me recuerda el de mi infancia, con otras niñas. Sádica quizá porque me tenía ella atemorizada.

jueves 17

He ido a buscarla a Us. La han admitido definitivamente en el servicio de geriatría de Pontoise. Se pasea quizá por última vez en coche, no lo sabe. Cuando llegamos al patio del hospital, se le descompone la cara. Me doy cuenta de que pensaba que estábamos volviendo a mi casa. Su habitación está ahora en el tercer piso. Un círculo de mujeres nos rodea, tutean a mi madre. «¿Vas a quedarte con nosotras?». Parecen crías con una «nueva» en la escuela. Cuando me voy, me mira con aire perdido, alarmado: «¿Te vas?».

Todo se ha invertido, ahora es mi hijita. NO PUEDO ser su madre.

viernes 18

Dormía en combinación. La red de venas azules en su pecho. La piel del interior de los brazos arrugada como la parte inferior de los champiñones. La despierto despacio. Después no para de meterse con la vecina de cama, una mujer gorda y plácida. Viene el enfermero, nos habla, un joven barbudo, de esos de mayo del 68. Mi madre, cuando se ha ido el chico, se vuelve, celosa, hacia su vecina: «¿Qué, ya estás contenta, ya has visto a tu doctorcito?». El hombre — mejor así— aún y siempre en la cabeza. Mujer de deberes, obsesionada sin duda por los deseos.

martes 22

«He soñado con Victor Hugo, había venido de visita al pueblo. Se paró a hablar conmigo». Se ríe al acordarse de su sueño. Escogida por el gran poeta, la elegida, qué bien le va.

Su cara se abotaga, cambia. Le había llevado sidra, me había dicho que le apetecía. Se han acercado a informarme con toda solemnidad que las bebidas alcohólicas están prohibidas.

viernes 25

No aparece su segundo par de gafas. Le pregunto si se acuerda dónde las ha puesto. Se queda dormida. La toco como a un niño, por primera vez, durante su sueño. Fuera, es el mes de mayo. El rocío de mayo, que cogía ella con un guante de felpa para después frotármelo por la cara, y así tendría una tez bonita. El día de mi primera comunión, en mayo, ella había pasado el cepillo en la iglesia, en traje negro, con una gran capelina, zapatos de tacón alto de presilla, «una hermosa mujer». Tenía cuarenta y cinco años. Tengo un año menos. Duerme con los ojos abiertos, las piernas muy blancas al descubierto, el sexo visible. Llora. Al lado, la vieja rehace indefinidamente su cama, doblando la manta, desdoblándola. Mujeres.

junio

domingo 3

Está en el comedor, enfrente de otra mujer, a la que mira con una sonrisa espantosa, mezcla de curiosidad y sadismo (¿dónde y cuándo he visto yo esa sonrisa?). La mujer tiene los ojos llenos de lágrimas, como hipnotizada por mi madre, por su aire de curiosidad perversa. Todas las mujeres están locas hoy. La que comparte ahora la habitación con mi madre gritaba: «¡Una rebanada de pan con mantequilla por favor!», sin parar. Otra hablaba sola en el pasillo. Una inmensa agitación, misteriosa.

jueves 7

«Terminar aquí mis días», cada vez. Celos persistentes de mi suegra: «Si se hubiera tratado de la madre de Raymond (quiere decir seguramente Philippe, mi marido), seguro que le habríais hecho sitio». La vieja que comparte habitación con mi madre me espanta. En cuanto he aparecido por el umbral de la puerta se ha puesto a gritar: «¡Quiero ir al váter!». La he llevado. Una vez fuera, se pone a gritar aún más, con el pañal en la mano, y me dice que le vuelva a poner las bragas. Lo hago. También hay que quitarle los mocos. Mi madre mira y dice: «Es terrible. Ya ha tenido tres hijos».

viernes 15

A mi llegada, me la encuentro sentada cerca del ascensor, aturdida. Hablaba tan bajo que apenas si podía oírla. En el pasillo hacia su habitación, andaba medio encorvada. Hacía migas la galleta sin comérsela. Me entran ganas de llorar al ver esa petición de amor que me hace, que ya nunca se verá satisfecha (cuánto la quise de niña). Pienso en mi propia petición de amor a A., ahora que me huye.

Cuando vuelvo a coger el ascensor, veo su cara entre las dos puertas que se cierran brutalmente y que parecen suprimirla de un chasquido.

Repetición de esas visitas, siempre idénticas: estamos sentadas la una frente a la otra, unas frases, más o menos normales. Conozco alas demás mujeres. Una recorre el pasillo sin parar, siempre con paso rápido, muy derecha, bastante joven. Se parece al reloj estropeado de *El niño y los sortílegos* de Ravel. Hoy he

visto que tenía un marido, de unos sesenta años, traje azul y ojos rojos.

Una enfermera grita al teléfono: «¿Se está muriendo uno?».

sábado 23

En el vestíbulo de la planta baja, hay siempre un viejo en pijama que intenta llamar por teléfono. El otro día me enseñó un número en un papel. Marqué por él, no era el bueno. Se pasa el día intentando ponerse en contacto con alguien, puede que con uno de sus hijos, o con una institución. Cada mañana espera conseguirlo.

A la viejecita que está con mi madre se le caían los mocos hasta la bata. Mi madre, postrada, no se daba cuenta de nada. Aislada de los otros. Pierde todas sus cosas, pero ha dejado de buscarlas. Ha renunciado. Me acuerdo de sus esfuerzos desesperados por encontrar su neceser en mi casa, todavía en este mundo a través de las cosas. Esa indiferencia actual me encoge el corazón. Ya no tiene nada. Le ha desaparecido el reloj, y la colonia también. Solo le queda la comida, ahora.

Me encuentro siempre con las mismas visitas, pocos.

julio

jueves 12

Vuelta de España. Se levanta bruscamente de la mesa al verme aparecer por la puerta del comedor (antaño, en el patio del internado, me erguía al reconocerla en lo alto de las escaleras: la misma felicidad). Exclama medio a gritos: «¡Os presento a mi hija!», con orgullo. Las mujeres alrededor dicen: «¡Qué guapa!». Me doy cuenta de lo dichosa que se siente. Bajamos al jardín, nos sentamos en un banco. He recordado la visita que hice con ella, a los diez años, a un tío operado de próstata. Fue en el hospital de Rouen. Hacía sol, hombres y mujeres en bata morada paseándose: estaba tan triste y tan contenta a la vez de que mi madre estuviera allí, protegiéndome de la enfermedad y la muerte.

Hemos vuelto a coger el ascensor. En el espejo del fondo, veía nuestro reflejo, ella toda encorvada. Lo que contaba era que estuviera viva, ahí a mi lado.

jueves 26, Boisgibault

He pensado que nunca había tenido gestos de complacencia o de amor hacia su propio cuerpo. Nunca se ha tocado la cara, el pelo, los brazos como yo, deslizado una mano por el escote de su camisón. Un cuerpo cansado. Se dejaba caer en una silla por la noche.

Una mujer violenta, con una sola plantilla de comprensión del mundo, la de la religión.

Me pregunto si podría hacer un libro como *El lugar* sobre ella. No había distancia real entre nosotras. Solo identificación.

agosto
sábado 11

Satisfacción profunda por ir a ver hoy a mi madre como si fuera a descubrir una gran verdad que me atañe. Cegadora: ella es mi vejez, y siento en mí la amenaza de la degradación de su cuerpo, sus pliegues en las piernas, su cuello arrugado desvelado por el corte de pelo que acaban de hacerle. Revive sin cesar sus miedos, la alienación sigue ahí: «La patrona no es nada comprensiva, estamos muy mal pagadas para todo el trabajo que hacemos», etc. Come ruidosamente lo que le he llevado.

Comida, orina, mierda, esa mezcla de olores que sorprende nada más salir del ascensor. A menudo las mujeres van de dos en dos, una domina a la otra. Hay una mujer muy alta, muy derecha, que obliga a otra, bajita, encorvada, arrastrando las zapatillas, a caminar por el pasillo, en un sentido primero, luego en el otro. Es una jaula. Mi madre es solitaria.

Cuando vuelvo a coger el ascensor, me miro otra vez en el espejo, como para tranquilizarme.

lunes 20

Acabo de verla, yo todavía soy joven, aún tengo historias de amor. Dentro de diez o quince años, seguiré viviendo y entonces ya seré vieja yo también.

Hoy andaba buscando qué podría comprarse, cosas, ropa. Pero ya no tiene derecho a tener *nada* suyo. El atuendo que lleva es el del hospital, más fácil de lavar cuando lo ensucia. Ha perdido toda la ropa que llevaba al llegar, sus gafas, que tanto cuidaba cuando estaba en mi casa, hace seis meses. Aquí lo que se pierde no vuelve a encontrarse. Indiferencia: de todas maneras se van a morir. Enfermera jefa, pelo negro a modo de casco, alta, desdeñosa.

La mujer-reloj se ha cruzado con un viejo: le ha cogido la mano, se la ha llevado a la boca, luego ha pasado de largo. Otras dos, cogidas de la mano, andando por el pasillo, me han saludado dos veces, parándose delante de mí: «¡Buenos días, señora!». Como si hubieran olvidado que acababan de hacerlo o no me reconocieran.

viernes 24

Tengo la intención de dar la ropa de mi madre que ha quedado en casa al Socorro Católico, o venderla en el rastro de Pontoise. Culpabilidad. Su costurero, con las bobinas, los botones y el dedal, eso es todo lo que voy a guardar de ella.

Evitar, al escribir, dejarme llevar por la emoción.

miércoles 29

Me he dado cuenta de que entre dos visitas, me olvidaba de ella. Ha dicho: «Espero que conseguirá meterse en el agua. —¿Qué, mamá?— El pez que espero tener un día». Luego, en otro momento: «Mucho me temo que esto es irreversible». Tenía las manos y el cuerpo muy fríos. Esa mirada de los alienados.

septiembre

lunes 3

He releído *Los armarios vacíos*, para la reedición en Folio. Al final, imagen de ella cuando yo tenía cinco años, la llamaba *vanné*.

miércoles 5

En el interior, un calor idéntico, en verano como en invierno. El tiempo ha desaparecido.

Todas las mujeres están en bata, de flores, de rayas, transformadas en sirvientas. Una de ellas, alta y fuerte, con un porte magnífico, la cabeza erguida, un chal por los hombros, se parece a la Françoise de Proust.

Mi madre: «¿No te aburres demasiado en casa?». Cuando habla de mí, se trata de ella. ¡Cómo debe aburrirse! ¿O bien esa palabra ya no tiene ningún sentido para ella? ¿Qué recuerda ahora de su vida? ¿Qué es su vida para ella?

martes 11

He soñado con ella, que se había hecho pis en las bragas. En la realidad, la primera vez, mi turbación, terrible.

Tengo que afeitarla a cada visita. En la fiesta de *l'Humanité*, estaba al lado de una transexual de piel azulada. Asociación inconsciente con mi madre.

Hoy no entendía ninguna pregunta. «¿Duermes bien? —Sí sí está limpio». Y venga a contar con todo detalle lo que había hecho desde esta mañana —compras en las tiendas, había demasiada gente, etc.—, como si llevara una vida normal. Esa fuerza del imaginario, para compensar. Y además, últimamente: «No saldré de esta casa de putas de aquí a mucho tiempo».

lunes 17

Al afeitarle la cara, fría pero aún viva, al verle la mirada apagada, me preguntaba yo: «¿Dónde están los ojos de mi infancia, sus ojos de hace treinta años, terribles, esos ojos suyos que me han hecho como soy?».

Cuando he entrado en el comedor, estaba limpiando sin parar la mesa con la mano.

Con la bata de flores se parece ahora a Lucie, la mujer que venía a lavar la ropa, a Lillebonne, desdentada. Mi madre también está desdentada, ha perdido la dentadura postiza.

En el correo, esta semana, había una carta para mi madre. *France Million*, las

noticias de la Suerte. Junto a una foto de Anne-Marie Peysson, todo sonrisa, estaba escrito: «¿Es la señora Blanche Duchesne la persona que va a recibir el cheque de 250.000 francos de manos de Anne-Marie Peysson?». Figuraba debajo un facsímil de un cheque a nombre de mi madre, y también: «Único en el mundo, el retrato electrónico de la señora Blanche Duchesne», retrato que «se ve en relieve cuando se observa a un metro de distancia». A un metro, se distinguían los contornos de un rostro joven, de labios carnosos. El nombre de mi madre aparecía repetido un centenar de veces, para asegurarle que había sido la agraciada, que iba a ganar si contestaba antes del 5 de octubre. Imbéciles. Agarrar a A.-M. Peysson del pellejo del cuello e «invitarla» a una «larga estancia» en el hospital de Pontoise.

domingo 23

En el tren, hace unos días, una monja de ojos brillantes, protuberantes, observaba fijamente el mundo. Era el rostro de la Inquisición. Pensé con malestar en mi madre.

La enfermera me ha dicho que siempre hablaba de mí, solo de mí. Culpabilidad. Me doy cuenta de que a menudo se cree yo.

Nací porque mi hermana murió. La sustituí. Así que yo no soy yo.

sábado 29

Cuando he llegado al comedor, todo el mundo estaba viendo la tele. *Solo ella* ha vuelto la cabeza: siempre me está esperando.

Lo peor, imprevisible. He abierto el cajón de su mesilla para verificar si le quedaban galletas. Me ha parecido ver un pastel: lo he cogido. Era un zurullo. He cerrado el cajón, en medio de una turbación atroz. Luego he pensado que si dejaba el zurullo en el cajón, lo encontrarían y que inconscientemente estaba deseando que lo encontraran para que constataran hasta qué punto se había degradado mi madre. He cogido un papel y he ido a llevarlo al váter. Me he acordado de un episodio de mi infancia, había escondido yo un excremento en la cómoda del dormitorio porque me daba pereza bajar a los retretes del patio.

Hoy dice solo cosas sin sentido: «Han cambiado las “a” y las “o” en las

palabras», «Marie-Louise viene a verme a menudo». Marie-Louise, su hermana, lleva muerta veinte años.

octubre

domingo 7

Ahora vengo a verla los domingos. En la tele, echan *L'école des fans* de Jacques Martin. Cantan los niños. Los viejos miran. Cuando he entrado con mi madre a su habitación, me ha mareado un insoportable olor a mierda. Nos hemos sentado la una enfrente de la otra. La otra mujer berreaba como de costumbre «un pastel, por favor». Nadie viene a verla. Al acercarme, he visto un enorme montón de mierda cerca de su sillón. La limpiadora me asegura que no es ni la vieja —que lleva pañal— ni mi madre las que han hecho eso. Parece que hay un viejo que entra en cualquier habitación y deja el «recado» en el suelo.

Una vez más, intento entrar en el ascensor y que se ponga en marcha antes de que llegue y se cierren las puertas en sus narices. El mismo dolor, todo el tiempo. Entretanto, en la pastelería del pueblo, esta mañana, una mujer le ha soltado una sonora bofetada a una niña. La cría, humillada, orgullosa, no llora. Rostro cerrado de la madre, duro. Esta escena me revuelve las tripas, me recuerda a mi madre arreándome tortas por un quítame allá esas pajas.

viernes 12

Me acuerdo de la época en que tuve a mi madre en casa, de septiembre a febrero, de mi crueldad inconsciente (?), de mi rechazo absoluto a que se convirtiera en esa mujer sin memoria, miedosa, agarrada a mí como una niña. Y no obstante era menos horrible que ahora. Tenía deseos, agresividad.

Por primera vez, me he imaginado con claridad su vida aquí, fuera de las visitas, las comidas en el comedor, la espera. Me preparo toneladas de culpabilidad para el futuro. Pero seguir teniéndola en casa era dejar de vivir. Ella o yo. Me acuerdo de la última frase que escribió: «No he salido de mi noche».

Rechazo a utilizar las cosas que ha dejado en casa, su lámpara de lectura, etc. Ganas de guardarlo, como en un museo.

Constantemente, comparo la tez, las piernas de las otras viejas con las de mi

madre: saber «cuál es su estado».

viernes 19

Recuerdo el corsé que llevaba, cómo le aprisionaba el cuerpo, desde debajo del pecho hasta la mitad de las nalgas. Le veía la raja a través de los lazos anudados.

jueves 25

Leído el *Manual de los confesores*, un penitencial antiguo que me dio A. Recuerdo la mirada de mi madre, cuando yo era niña: ella, el confesor.

domingo 28

«Acólito», una palabra que le gustaba utilizar cuando hablaba de los cómplices de embriaguez de algunos clientes. Mostrar que conocía palabras difíciles. Es una mujer que nunca ha soportado que la humillen.

Imágenes de mí, a los dieciséis años: los chicos, la esperanza permanente del gran amor. Y ella, consejera: «¡Eres demasiado joven! ¡Tienes tiempo de sobra!». Nunca se tiene tiempo.

Escribir sobre la propia madre plantea, a la fuerza, el problema de la escritura.

lunes 29

Está aún más encogida, pasmada. Solo le han puesto el camisón, abierto por detrás, dejando al descubierto su espalda, sus nalgas, las bragas de rejilla. Hay un sol magnífico que atraviesa la doble cristalera. Pienso en mi habitación de la residencia universitaria, hace veinte años. Ahora estoy aquí, con ella. Somos incapaces de imaginar nada.

La viejecita ha querido ir al retrete, con esas piernas suyas minúsculas,

torcidas, y berreando, como siempre. Se ha quedado dentro mucho rato, mientras yo seguía junto a mi madre. Me he acordado de un ataque de gastroenteritis que tuve en quinto de bachillerato; estaba leyendo *La náusea*. Como esa viejecita, me retorció agarrándome la tripa dolorida. Era el mes de febrero, hacía sol y mucho frío.

miércoles 31

Pienso mucho en ella en este momento, porque hace un año que «sucédían las cosas», es decir que empezaba la degradación de verdad.

He soñado con la casa de Cergy, convertida en propiedad pública (muy frecuente). Una mujer de la limpieza cruzaba el jardín en impermeable (¿doble de mi madre?). Ella aparecía y yo le decía: «¡Deja de estar loca!».

Recuerdo: el primo de mi madre, charcutero cerca de Rouen, le decía a ella entre risas: «¡Te voy a zurrar debajo de las faldas!».

noviembre

domingo 4

La viejecita de la habitación de mi madre se pone a orinar de pie detrás de su cama en el momento en que llega, luego se echa a llorar: «He hecho pis». En el comedor una mujer canta continuamente lo que está haciendo, en tercera persona: «Ordena la ropa la la la». Todas esas carnes blancas.

sábado 24

Tengo ganas de matar a la viejecita de la habitación de mi madre, siempre con esos gritos sobreagudos. Le he comprado unas zapatillas a mi madre, explicando al vendedor que necesitaba varios pares, para que se los pruebe. Su madre también tiene Alzheimer, lo dice en voz baja, le da vergüenza. A todo el mundo le da vergüenza.

La he afeitado, le he cortado las uñas. Hemos probado las zapatillas. Estaba como aterrorizada, miedo de que la riñera porque no entendía lo que le decía,

«mete el pie dentro, etc.».

Gracias a la enfermedad de mi madre, y luego del encuentro de A., me he reconciliado con la humanidad, con la carne, con el dolor.

Imagen persistente: una gran ventana abierta, una mujer —yo desdoblada— contempla el paisaje. Un paisaje soleado de abril, que es la infancia. Ella está ante una ventana abierta a la infancia. La visión me hace pensar en un cuadro de Dorothea Tanning, *Cumpleaños*. Se ve a una mujer con el pecho desnudo y detrás de ella puertas abiertas hasta el infinito.

Diciembre
domingo 2

Mi madre tiene una especie de sombra negra en la cara. Es —ahora lo recuerdo— la de los viejos ante quienes íbamos con el internado a berrear villancicos, unos días antes de Navidad. Se niega a sentarse y se desploma en mis brazos.

A menudo, habla de los muertos como si estuvieran vivos pero no habla nunca de mi padre.

domingo 9

Hay relojes de pared por todas partes, en la entrada, la sala, las habitaciones, ninguno está en hora, las seis en lugar de las cuatro, etc. ¿Lo hacen adrede?

Mi madre pierde el color. Envejecer es perder el color, hacerse transparente. Zacharie el gato tampoco tiene color, a sus doce años. Hoy se imagina que hay gente en la habitación: «No te preocupes, son clientes, se irán dentro de cinco minutos, la mitad no paga». Sus palabras de antaño, nuestra vida.

La viejecita de al lado se ha ido, sus armarios están vacíos. No me atrevo a preguntar dónde está.

Navidad

Cuando obtuve el premio Renaudot, decía de mí a las enfermeras (vienen

ellas a contármelo): «Siempre se le dieron bien las palabras». Y luego: «Si su padre se enterara, iría contándolo por ahí a todo el mundo. ¡Siempre fue su ojito derecho!».

Le he cortado las uñas, gimoteaba, y eso que tomo todas las precauciones posibles para no hacerle daño. Me siento sádica, como en otro tiempo lo era ella conmigo. Sigue odiándome.

Recuerdo: decía ella: «Nunca le he pedido nada a nadie».

lunes 31

Me ha dicho: «No hablan de darme el alta. Me pregunto si un día me iré de aquí. Puede que me quede...». Se ha parado, sin pronunciar «hasta que me muera». Pero ese era el sentido de su frase. Es desgarrador. Está viva, todavía con sus proyectos y deseos. Solo quiere vivir. Yo también necesito que siga viva.

En un momento dado: «Claude no viene a ver a su madre. Y sin embargo la tiene bien cerca, vive en Sainte-Marie». Tras un breve silencio, añade: «Tiene que haber perdido la cabeza». Transposición que me culpabiliza. Claude=yo, Claude, el hijo único de Marie-Louise, ambos muertos, alcohólicos.

Leído en *Le Monde* esta mañana un artículo sobre la maternidad y la esterilidad. La necesidad de hijos es necesidad de morbidez.

1985

enero

domingo 6

El día 1 de enero, a mi madre, a todas las mujeres las habían vestido como antes, con una blusa, una falda. Les han dado champán. El simulacro de la vida. Imaginar la mañana. Las cuidadoras sacan de los armarios las combinaciones, los vestidos, los ponen sobre esos viejos cuerpos y exclaman: «¡Feliz año! ¡Es fiesta! ¡Venga, abuela!». Todo el día hacen como si de verdad fuera fiesta. Las mujeres esperan vagamente. No hay nada que esperar. Llega la noche, se quitan las blusas, las faldas de antes. Como cuando de niños, uno se divierte disfrazándose e inventando fiestas. Pero aquí eso quedó atrás, nunca más habrá fiestas de verdad.

Ella decía: «Hay que saber defenderse en la vida». Y: «Cuando uno no es fuerte, tiene que espabilar». Solo se pensaba en términos de lucha. Habla de ella en imperfecto. Sin embargo, la que está aquí y ahora es la misma que la de otro tiempo. Eso es lo tremendo.

sábado 19

Toda su energía se concentra en el acto de comer. Voraz, feroz.

Primeros de enero, ese sueño, en el que me encuentro en un río, entre dos aguas, con unos filamentos por debajo. Mi sexo es blanco y tengo la impresión de que es también el sexo de mi madre, el mismo. Atreverme a profundizar en ello.

«¿Quién canta?», pregunta una mujer, dos veces, diez veces. No obstante,

debe de oírla todos los días, pues solo hay una, siempre la misma, la que canta su vida.

febrero
viernes 1

Al entrar en las Galeries Lafayette, veo a una mujer que habla, sola, quizá preguntando algo. Ando deprisa, sin detenerme, pero la miro, también ella me mira. Ojos azules grisáceos. Después, pienso: es mi madre, su mirada de antes. Culpabilidad.

sábado 2

Hace justo un año del encuentro con A., y descubro a mi madre atada al sillón. «Creía que no ibas a venir nunca». La desato, nos paseamos por el pasillo, la vuelvo a atar antes de marcharme (es necesario, según dicen las enfermeras). Como hacía con mis hijos, en el Baby Relax.

Esta frase que decía ella: «Solo se vive una vez» (para reir, comer bien, comprar cosas). Y también, a mí: «¡Le pides demasiado a la vida!».

sábado 16

Estaba al fondo del pasillo, palpando el pasamanos que bordea la pared, sin verme venir. Luego, en la habitación, se pone a fisgarle las cosas a la vecina (otra distinta, la cuarta ya desde que está aquí). El suelo del cuarto de baño está pegajoso, orina seca. Todo es orina, ese olor dulce que no se va. En el momento de marcharme, la llevo al comedor (iba a escribir «refectorio», como en el internado). Una cuidadora le da un caramelo con una bonita sonrisa: «Toma, para que te ayude a pasar el tiempo». Compasión, pura.

Museo de Lille, hace unos días. Esa atmósfera de recogimiento, esas salas vacías con un vigilante. Tendencia a tomar a los vigilantes por chalados (a fuerza de estar ahí, solos, y que nadie les hable nunca). He visto *Las viejas* de Goya. Pero no es mi madre. Tampoco, la otra noche, el personaje de la obra de Lolleh

Bellon, *Qué lazos tan tiernos*, era mi madre. Tuvo la menopausia el año en que murió su madre, mi abuela, un mes o quince días antes del «domingo» terrible, el domingo de la escena, el 15 de junio del 52. Alrededor del 25, vuelve del médico. Mi padre hace alusión a un posible embarazo: «¿Así que es la última vez que hacemos la comunión?». (Se refiere a mi «confirmación» de la comunión). Pero ella sabía que era la menopausia. Tengo que confundirme de fecha, fue a ver al médico a finales de mayo, antes de mi confirmación. No tenía la regla desde hacía, al menos, dos meses. Tenía cuarenta y cinco años. La «escena» ocurre *después* y se explica probablemente por esa falta de regla. Recuerdo la sonrisa y el aire feliz de mi padre suponiendo que mi madre podía estar embarazada. La decepción, sin duda. Se decía «cambio de vida», «se me ha retirado», «ya no lo tengo». Todo parecía acabarse en ese momento.

A partir de julio del 52, la muerte de mi abuela, empezó a vestirse de negro o de gris. Volvió a los colores en Annecy, dieciocho años después, trajes rojos, etc.

sábado 23

Ha perdido la dentadura postiza, la de abajo. La celadora: «¡No tiene importancia, solo come purés!».

Hoy estaba alegre. (Es peor). Nos hemos paseado por los dos pasillos. Una vieja, en una habitación, estaba con la falda remangada, se le veían las medias, las ligas. Más tarde, al volver a pasar, estaba de perfil. Tenía las nalgas arrugadas como pasas. Otra vieja me ha llamado para que le recogiera las pastillas de menta, desperdigadas por el suelo.

marzo

sábado 2

La puerta del ascensor se abre: está justo delante, con una viejecita. A menudo andan así, buscándose entre ellas. Naturalmente, cómo va a encontrar la dentadura.

Cada vez que vengo a verla, tengo que escuchar música en la radio del coche, muy alta, mientras circulo por la autopista. Hoy, mezcla de gozo y desesperación, *C'est extra* de Léo Ferré. Necesito erotismo a causa del cuerpo de mi madre, de su

vida.

A menudo me decía: «¡Te pillé!», haciendo esto o lo otro. Me vigilaba.

domingo 24, Salón del libro

Antes de ir a París, he pasado a verla. No siento nada mientras estoy con ella. Apenas se cierra la puerta del ascensor me entran ganas de llorar. Tiene la piel cada vez más cuarteada, por falta de crema. También ha perdido la dentadura postiza de arriba. Sin dientes, se parece a un viejo enfermero del asilo de Yvetot, el viejo Roy, en bata azul. Muy débil, apenas si puede andar. Pero sigue interesándose por mi ropa, siempre me toca la tela, «es bonita». Señalándome el tres cuartos negro que llevo: «¡Cuándo ya no lo quieras, acuérdate de mí!». Sus palabras antiguas, sus palabras de antes.

domingo 31

Quiere y odia exactamente como antes, «amigas» y «enemigas», brutalmente. Todas reconstruyen un mundo «civilizado»: una mujer está sentada en la entrada y dice a las que pasan: «Que tengas buen paseo», como si estuviera en la puerta de su casa, en la calle. Otra dice a mi madre: «Estás mucho más guapa que yo, te conservas joven».

abril

lunes 15

Le ha cambiado la cara. El espacio entre los labios y la parte inferior del rostro se alarga, los labios se le estrechan de forma obscena. Sigue queriendo marcharse.

En la sala, la tele, sin parar (¿resulta menos triste para las cuidadoras?). Una mujer había arrancado el hule de una de las mesas y lo doblaba como si fuera un mantel. Han bajado a una enferma por el montacargas.

viernes 19

No puedo ni dar su ropa ni venderla en el rastro. Hoy he revendido los sillones estilo Restauración, una mesa de media luna que habíamos comprado a crédito mi marido y yo. Desposesión que me resulta indiferente. Yo también, como mi madre, abandono las cosas. Han comprado esos muebles antiguos unos directivos, jóvenes, lo que éramos nosotros.

domingo 21

Atada una vez más. No consigue comerse el dulce, una *mousse* de albaricoque, su mano no encontraba los labios, y su lengua se estiraba hacia el inaccesible dulce. Le he dado de comer, como hacía con mis hijos en otro tiempo. Creo que se daba cuenta. Tiene los dedos tiesos (¿se pasan con el haloperidol?). Se ha puesto a desmenuzar el cartón de los pasteles, y luego ha intentado comérselo. Desgarraba todo, la servilleta, una combinación, intentaba *retorcerlo* todo, completamente insensible. Se le cae la barbilla, ya va con la boca abierta. Nunca me he sentido tan culpable, me parecía que era yo la que la había conducido a ese estado.

sábado 27

Parece que está mejor, aunque no aguante andando mucho tiempo. Come bien. Luego, quiere lavarse las manos. La llevo al cuarto de baño: «Aprovecharé para hacer pis». No consigue bajarse las bragas de rejilla llenas de pañales: «Me ponen demasiados». La ayudo, luego le subo las bragas. Una niña, esa es la cosa. «Me traerás unos trapos viejos para limpiarme el trasero». Y también: «He querido ir a ver la tumba de papá, pero no he llegado, me arrastraban en sentido contrario» (claro, quiere vivir, no quiere reunirse con él). «Ni una mota de polvo en su tumba, la lápida es de mármol». En las habitaciones vecinas, gritos. Un viejo repite: «Dígame, dígame». He pensado que igual era el que quería llamar desde el vestíbulo. Una mujer hace un extraño ruido de pájaro exótico, tacatacata.

Hoy había una especie de concierto, la vida que quiere durar y se afana más que de costumbre.

Me acuerdo del año pasado, el principio de mi historia con A. mientras mi madre empezaba a degradarse. Entonces aún no tenía esa cara abotagada. Una tarde, a última hora, la vi dormirse, aún lucía el sol. Lloré, pero creo que no me sentía desgraciada.

mayo
sábado 4

Ha dejado de caminar ella sola. He tenido que levantarla del sillón con dificultad. Luego ha avanzado muy bien por el pasillo. Culpabilidad: vuelve a andar en cuanto estoy con ella. Le he dado rosquillas y chocolate, siempre parte las onzas en dos (recuerdo: para que dure más...). En un momento dado: «¿Cuánto tiempo voy a quedarme aquí? ¡Me habré muerto antes!».

Su vecina, que sufre la misma enfermedad, pero en sus inicios, se pasea constantemente con el neceser en la mano. Lo deja en la mesilla, lo coloca con cuidado, vuelve a cogerlo. Mi madre hacía lo mismo en casa. Un objeto para agarrarse al mundo, un objeto de su propiedad.

Cuando tenía doce años, me quedaba horas mirando, tocando un neceser de manicura con una laca de uñas negra. No teníamos muchas cosas, cada una era un sueño.

Ella nunca quería que fuera de vacaciones a casa de amigos suyos. ¿Miedo a que me juzgaran? ¿A que no les gustara? ¿O bien —es la primera vez que pienso en ello— estaba celosa? Yo sentía unos celos terribles cuando llamaba a mi prima, a mis amigas: «Mi Colette, mi Nicole». Esas niñas no eran tuyas, no tenía derecho a llamarlas así.

Pronto hará un año que ha perdido las gafas.

sábado 18

Postrada como nunca hoy, se niega a *verme*. Hacía bueno, hemos salido al jardín, con la silla de ruedas que conduzco muy mal. Me doy cuenta de que me he acostumbrado a su degeneración, a su nuevo rostro, inhumano. Me acuerdo

de ese momento terrible en que empezó a «irse». Daba vueltas sin parar por la casa, como en busca de algo imposible de encontrar. (Luego he pensado en la tortuga del jardín de Annecy recorriendo la verja, sus idas y venidas constantes, en otoño). Y ella escribía: «No he salido de mi noche».

domingo de Pentecostés

Cuando llego en coche, veo a muchos ancianos fuera, en sillas de ruedas, y gente, me imagino que visitas. Subo, mi madre está en el pasillo, me reconoce, la bajo al jardín en su silla de ruedas. Me doy cuenta entonces que solo están los viejos de turno, con ridículos sombreros de paja, cuidados por las enfermeras. La barbilla de mi madre se cae cada vez más, se le hacen cada vez más arrugas estrelladas alrededor de las comisuras de los labios. Nos quedamos, en un banco. Come. Me doy cuenta de que no le traigo nunca «el pastel rico»; hoy es un hojaldre demasiado seco, con una mermelada que le pringa los dedos. Tengo que traerle frutas escarchadas y pan de yema con almendras, nada más. Unas mujeres hablan solas. Un viejo agita frenéticamente la cabeza bajo el sombrero de paja. No pienso en nada.

junio
domingo 2

Es el Día de la Madre. Le he traído el sombrero de paja que tenía antes. Hemos bajado al jardín, a un banco. No le hacía falta la silla de ruedas. Puede que los demás la vean ahora como una bruja. Su metamorfosis desde hace un año, desde que está aquí. Esta doblada en dos, ella, siempre tan tiesa. Su piel, tan poco arrugada hasta entonces, está llena de surcos. Hoy se agarraba un pliegue de la bata como para sostenerse. Al coger el ascensor, estaba frente al espejo. Estoy segura de que *se ha visto*.

domingo 9

Estaba esperando en la silla de ruedas, frente al ascensor.

Habla de suicidio, de misa a la que no volverá, de dinero. «Me temo que voy a pasar muchos años aquí». A veces, yo no acabo las frases. «Nos entendemos», decía ella en otro tiempo, cuando buscaba las palabras sin encontrarlas.

Su vecina de habitación ordena durante media hora su armario, lo saca todo, lo vuelve a meter. ¿Qué significan esos tics, que mi madre tenía también en mi casa, al principio de su enfermedad? ¿Pone un poco de «orden» fuera, ya que dentro es imposible?

¿Cuántos domingos ya enfrente de ella, viendo cómo come? Unos árboles se cimbrean suavemente frente a la ventana.

Decía ella, dichosa: «¡Annie! ¡Tienes visita!», cuando venía una amiga a verme. La importancia de la «visita» para ella. Prueba de amor, señal de que existimos para los demás.

domingo 23

Estaba dormida en ese sillón elevado para primeros auxilios, a la entrada, con la boca abierta. He dejado de pensar, aquí.

La vieja de su habitación se pasea sin parar con el bolso, como en la calle. Ha traído a otra vieja, se han sentado una junto a otra y se han quedado ahí, sin decir nada, sonriéndose ceremoniosamente. Dos niñas jugando a las señoras de visita. Sobrecogedor.

Llegaban de la cocina unas carcajadas. Un domingo normal de verano, en régimen de estancia de larga duración.

Recuerdos. La veo contando en la tienda que la señorita B., que acababa de dar a luz a un hijo de un alemán, no tenía la canastilla lista para el bebé. Solo años más tarde entendería el sentido de ese comentario, de lo que no se atrevía a decir, al tiempo que lo sugería: esa joven había querido sin duda eliminar a su hijo.

Otros recuerdos, frases: «¡No tengo cuatro manos!» (por todo lo que mi padre y yo le pedíamos). Y: «Tú no tienes fuerza para...». Siempre ponía la fuerza física por delante, valor en nuestro mundo; yo era «muy poquita cosa». Inferior a ella.

domingo 30

En el jardín, la dejo, en manos de las cuidadoras sentadas junto a otras viejas y a un abuelo que babea. Entonces grita: «¡Annie!». Hacía más de un año que no había pronunciado mi nombre. De repente, me siento vacía de toda sensación. Esa llamada ha llegado del fondo de mi vida, de mi infancia. Me doy la vuelta, vuelvo a su lado. Me mira: «¡Llévame contigo!». Todo el mundo se ha callado, a la escucha. Querría morirme, le explico que no es posible, ahora no. Después he pensado que igual me había llamado porque había gente a su alrededor. No lo sé seguro.

Cuando ya se ha hartado del pan de yema, lo ha escondido debajo de la falda. De niña, yo escondía los caramelos que robaba en la tienda dentro de las bragas.

julio
domingo 7

Desde hace dos domingos ha dejado de caminar. Me he acostumbrado a la silla de ruedas. La bajo al jardín. Hace mucho calor. «Qué rico, el sol», dice. Siempre me quedo sorprendida al oírle frases que decía antes, en el estado en que se encuentra ahora. Ya no distingue nada cuando mira. En un momento dado, me ha agarrado la pierna, la falda, con brutalidad. Dos cuidadoras, jóvenes, se han apartado de los viejos para charlar. Otra, mayor, terriblemente fea, se queda con ellos. Mi madre lleva un vestido de florecitas, como llevaba yo, de niña. Vestida así parece muy pequeña. Es evidente que solo ahora soy adulta de verdad.

Me ha dicho «¡hasta el domingo!» y no voy a verla durante dos meses a causa de mi operación. Una operación donde puede que me muera, antes que ella.

He contado sus gestos, sus mímicas, a los chicos. Nos hemos muerto de risa. Es la imposibilidad de conservar el dolor: transmutarlo en cómico.

Hoy me sentía culpable, otra vez. También buscaba aliviarla, cortándole las uñas, que tenía horriblemente sucias, lavándole las manos, afeitándola. Me pregunto si se lo hace todo encima, ahora que está en una silla de ruedas. No me he atrevido a preguntar.

agosto

sábado 17

Aún no he vuelto a ver a mi madre, aunque pueda andar con bastones. No ir «como una vieja» a ese nido de viejos.

Mi madre, su fuerza, su angustia perpetua también. Tengo la misma tensión, incluso en la escritura.

Mi padre decía de ella con admiración: «¡Nunca tendrás la última palabra con ella!».

lunes 26

He ido a verla con David, que visiblemente siente mucha pena. El olor reconocido, la habitación con el pequeño deshollinador de Annecy, la estatuilla de santa Teresa, las cosas en su sitio. Casi el placer de una permanencia. Verla, tocarla, tan diferente de lo que ha sido, y sin embargo «ella». El comedor estaba lleno de viejas, las mismas. Rock en la tele. Cuando vengo aquí, tengo la impresión que es sobre esto sobre lo que he de escribir.

septiembre

jueves 5

Mañana hará dos años que fui a buscar a mi madre al asilo de Yvetot. Me acuerdo del paso por su casa, en el Béguinage, de una mujer a quien dijo con orgullo: «¡Me voy a casa de mi hija!», conversaciones en el coche.

Hoy he ido a verla con Éric. Estaba en la entrada, tocando a tientas una tubería de la pared. La he reconocido por los zapatos. Su vecina de habitación se paseaba con este calor en abrigo de pieles, con el bolso en la mano, como una vieja puta.

Tiene las uñas demasiado largas, el pelo también, lo que le da un aire asilvestrado. No tengo fuerza para cortárselas. Ya no «siento» nada cuando pienso en su degradación, me pregunto menos «¿es culpa mía?». Había empezado a perder facultades desde el 82, antes de venir a mi casa. Pero no la ayudé lo suficiente, cruzó «su noche» sola.

En *Le Monde*, Nathalie Sarraute escribe «era digno de verse». Es una

expresión de mi madre, que también solía decir «menudo panorama». No me gustaban esas expresiones, me parecía un lenguaje de viejos. Toda forma de delicadeza, de aquello que no hay que decir para no herir a la gente, le era completamente ajena.

Ella es el *tiempo* para mí. También me empuja a la muerte.

sábado 7

Me disfrazaba con su ropa.

«¡Se lo voy a decir a mi madre!». Era la justiciera, la que podría, eventualmente, pelearse con la madre de la otra niña.

Recuerdo la «taza de té» en el dentista de Rouen. Estábamos esperando en una sala con vitrinas llenas de figuritas chinas esperpénticas y sillones hundidos. Las salas de espera de mi infancia son lugares terribles, extraños, donde me siento transportada a «otro mundo», el de los ricos, la gente importante, un «escaparate» donde está prohibido tocar. Mi madre hablaba en voz baja. Después de una sesión particularmente dolorosa, el dentista dijo: «¡Esto se merece una taza de té!». Me sorprende que semejante mixtura pueda ser considerada como recompensa y espero a que mi madre replique: «¡No le gusta el té!». Pero no dice nada, sonrío. Sabía que «era la costumbre», tomar té entre «gente bien».

viernes 13

Mi madre se ha roto la cadera. Angustia. Ayer por la noche, las gaviotas en pleno e incesante *ballet* alrededor de la casa, luego el alarido terrible de un pájaro, puede que una lechuza, o una gaviota. En ese mismo momento, precisamente, estaba pensando en un libro sobre ella. Me encuentro en un estado de confusión absoluta.

Noche. La he visto, estaba dormida, con la boca abierta. Sondada. Movía las manos. Yo lloraba. Me parece que esto dura desde hace mucho tiempo. ¿Qué siente ella? Va a curarse, es decir, pudrirse entre la cama y la silla de ruedas. No he visto a nadie, ni médico ni enfermera, en el servicio adonde la han llevado.

domingo 15

Está de nuevo en su decorado. Atada a su sillón, tiesa, intentando levantarse sin parar, llena de fuerza, con los ojos que no ven. No puede comer sola, su mano derecha busca su mano izquierda. Me digo que tal como va el mundo, dentro de veinte, cincuenta años, no mantendrán vivos a seres como mi madre. No sé juzgar una eventualidad así, lo sensato o no de su fundamento.

«Te agotas», me decía ella con tono de reproche. Yo estaba toda roja, sin aliento, a fuerza de gritar, de correr. Y si la miraba demasiado: «¿Quieres comprarme?». Recopilar todas sus frases, ahora que casi no habla. Pero aún queda su *voz* a veces expresiones que son «ella», que se confunden con su ser, único. Apasionado intento de fijarlas. Sus obsesiones: el trabajo, el alcohol (rechazado), las cosas horribles, dramas, etc.

No quería límites, pero, a causa de la pobreza de su medio, tenía los de la religión, la moral puritana, sostenes o sustitutos de la dignidad. Yo no he querido nunca ningún límite.

Terrible constatar hasta qué punto mi madre ha sido siempre para mí figuración de la muerte. Cuando fue a Lourdes sola, creía que se moriría allí adrede. Más adelante, el relato que hace de la muerte de mi hermana me espanta: tengo la impresión de que si también me muriera, ella me querría, porque dice, ese día, hablando de mí, «no es tan buena como la otra» (mi hermana).

La ropa suya que ha quedado en mi casa, como si perteneciera a un muerto, no se la pondrá nunca más. Sin embargo, está viva, puede, por ejemplo, seguir provocando en mí un sentimiento de culpa.

Veo en mí sus gestos bruscos, su brutalidad, coger las cosas y tirarlas violentamente. A. me lo ha dicho. Asociación de una actitud de este con la locura por el orden de mi madre, en mi casa, pronto hará dos años. Él no para de trasladar cosas de un lado a otro, de clasificar los libros de su biblioteca, asegurándose de sus riquezas intelectuales, compensando esa terrible carencia que siente de no tener más que el bachillerato. Mi madre intentaba agarrarse al mundo, asegurarse de que no estaba loca. Recuerdo feliz: cosía y perdía las agujas. Ahora...

Ese gran amor que sentía por ella, a los dieciocho años, el refugio absoluto que representaba. Y yo era bulímica.

jueves 19

El otro día, amenazaba con vomitar. Yo la vigilaba, como a Éric, que hacía amago de devolver la comida que no le gustaba, de pequeño.

Nunca he visto una foto de mi madre de pequeña. En la primera que tengo, está ya de novia. Otra, más tarde, de invitada en una boda. Rostro pesado, frente pequeña, cierto aire taurino. Para definirla mejor, me viene a la mente esta frase: «Es una mujer que lo quemaba todo» (tras ella, ningún papel, ningún rastro).

Le gustaba dar, más que recibir. ¿Hacerse valer, ser reconocida? De pequeña a mí también me gustaba dar, estampas, caramelos, para que me quisieran y ser popular. Luego ya no. ¿No es escribir lo que escribo una manera de dar?

Una escena de la infancia. Desnuda, está mirando hacia mi padre, acostado en la cama. Él se parte de risa: «¡Qué feo!» el sexo de ella, *El origen del mundo*.

A los viejos lúbricos del bar les decía ella con voz gruñona: «Váyase viejo pellejo» (lo mismo que a los perros que corrían tras nuestra perrita).

octubre

viernes 4

La historia que contaba a propósito de Lourdes, una montaña líquida donde se mete uno y se ahoga cuando no sabe que se trata de agua —donde creía que iba a morir ella—, quizá la haya inventado o deformado yo.

Esas expresiones: «De chicas, soy yo sola».

Su gusto por emplear palabras raras para causar «efecto».

Viendo *Los huevos del avestruz* de Roussin, en la tele, me tropezaba con todas las mujeres odiadas, imagen invertida de mi madre, con sus cuerpos y aires frágiles, su ropa de seda y sus perlas, sus melindres.

martes 8

Está en la entrada y al principio no la reconozco. Le han recogido el pelo en una cola de caballo, tiene la cara estirada. Le enseño el pequeño deshollinador,

sobre su cama, que le regaló una amiga en Annecy. Lo mira y murmura: «Tuve uno igual hace tiempo». Constantemente, me pregunto cómo percibe ahora el mundo. Cuando pienso en lo que ha sido, en sus vestidos rojos, su esplendor, me echo a llorar. Muy a menudo, no pienso en nada, estoy junto a ella, eso es todo. Para mí está, siempre, su *voz*. Todo reside en la voz. La muerte es, sobre todo, la ausencia de voz.

Decía ella: «X o Y, o un perro, ha muerto de ambición». Morir de ambición, es decir de dolor por estar separado, por estar lejos.

martes 15

Un tiempo de octubre muy gris, como en el 6a, cuando me tocó pasar el Diploma de Literatura. Estamos frente a frente. Come un flan, le tiemblan las manos, se pasa un pastel de una mano a otra. «Tenía hambre, hace varios días que no he comido nada. Estaba necesitada». Necesitada, la litote habitual de la falta de dinero. Varias frases que me culpabilizan: «Querría pasar las fiestas *allí*», o: «No tardas mucho en llegar» = deberías venir más a menudo.

Cada vez que voy a verla, me acoge como hacía antaño con las personas que iban a visitarla: «¡Ay, precisamente andaba diciéndome: cuánto tiempo!». Siempre ese anhelo de alegría, de vida dichosa. Una viejecita le pregunta, angustiada: «¿No te vas, eh?

—No, no», contesta ella rápidamente, como para evitarle un disgusto, por pequeño que sea.

viernes 18

Yo le daba limosna al ciego del mercado, como ella.

«Alguna ha desviado a ese hombre de su deber», «cada uno tiene que cumplir con su deber en la vida». Asco al oír esas palabras, esa palabra, desde mi adolescencia.

Mi representación fantasmal de ella: un pedazo de bata blanca, su bata de tendera, continuamente detrás de mí.

lunes 21

Cuando estaba con gente, le tenía miedo al silencio. «Decir aunque solo sea una palabrita a cada uno».

No sé nada sobre cómo consideraba el amor, cómo lo hacía. Aparentemente, el sexo era el mal absoluto. ¿La realidad?

miércoles 23

Hoy me dice: «Estaría seguramente mejor contigo que fuera de ti».

Sus reflejos de buena educación: «¿No hay una silla?», porque una enfermera está junto a ella, de pie. Me he puesto a leer un periódico. Ella ha tendido la mano hacia el papel de los pasteles y yo se lo he dado, como a los niños pequeños. Un minuto después, al levantar la vista, me he dado cuenta de que se lo estaba comiendo. No quería que se lo quitara, apretaba los dedos con fuerza. El horror de esa inversión madre/hija.

noviembre

domingo 3

El pelo revuelto, las manos que se buscan, la derecha aprieta la izquierda como un objeto extraño. No se encuentra la boca, a cada tentativa, el pastel le llega de medio lado. Se le cae el trozo que le he puesto en la mano. Tengo que metérselo en la boca. Horror, demasiada degradación, demasiada animalidad. Los ojos vagos, la lengua y los labios chupando, salientes, como hacen los recién nacidos. He empezado a peinarla, he parado porque no tenía una goma para atarle el pelo. Entonces ha dicho: «Me gusta cuando me peinas». Borrarlo todo. Peinada, afeitada, se ha vuelto humana. Ese placer cuando la peino, la deja mejor. He recordado que al llegar yo, su vecina de habitación le tocaba el cuello, las piernas. Existir, es ser acariciado, tocado.

lunes 11

Está muy nerviosa, intenta arrancar la barra de su silla de ruedas, sin parar. La agarra y tira de ella con todas sus fuerzas, tensa. Esta violencia me recuerda a la que usaba contra todo, contra mí. Me horrorizaba, de nuevo, la imagen de la «mala madre», brutal, inflexible. Insoportable olor a mierda pero no sé cuándo podré cambiarla yo misma. Le he dado de comer a cachitos, no me ha mirado ni una sola vez. Ahora ya no diría «es mi hija» al verme llegar, como el año pasado.

Recuerdo de ella sentada en el orinal, gestos impúdicos, esa extraña promiscuidad entre mujeres que me imponía en mi infancia, que más tarde me producirá horror.

Pero enseñándome como siempre a ser orgullosa: «¿Aguantas eso?». Es decir, ¿tú, aceptas que te traten así? (Por mi marido).

miércoles 13

Ayer, en Yvetot, mi tía, mis primas: «¡Te pareces a tu madre, eres clavada!». Mi tía habla de ella: «Ha trabajado toda la vida. Frotaba suelos, le decía a tu padre “¡deja eso, que ya lo hago yo!”». Mi madre se sentía orgullosa de su fuerza física, su desprecio de la enfermedad como una inferioridad me viene a la mente. Un monstruo para el trabajo. Me horrorizaba esa frase suya: «¡Qué poquita salud tienes, hija!».

domingo 17

La vieja de la habitación de mi madre estaba sentada junto a ella. Estampa muy tierna de una connivencia secreta, perfecta entre ellas. La sorprendente luz de una escena bíblica de un pintor del Quattrocento. Una alegría indescriptible de por sí. Mi madre me señala y dice a la mujer: «¿La reconoces?». La mujer farfulla, como de costumbre, hace tiempo que ya no se expresa con claridad. No tiene importancia, que se comprendan con palabras o no. Me he sentado frente a ellas, le he dado a mi madre un petisú —la otra mujer no quería— y luego otro

más. De vez en cuando, comía yo un trocito. Oíamos la tele, vales de Viena. Me acordaba de Yvetot, los domingos por la tarde. No es solo el sentimiento del paso del tiempo, es algo más, mortífero: ahora soy un ser en una cadena, una existencia incluida en una filiación que continúa tras de mí.

Le lavo la boca con un guante de felpa. Me mira y me pregunta: «¿Eres feliz?».

Voy al servicio, el suelo está lleno de orines, pegajoso. Asociación inmediata con la escena de esta mañana, en casa de A. No sé nada de la sexualidad de ella. Una de sus frases, «si la gente se enterara, qué vergüenza».

domingo 24

Su forma de mirarme de arriba abajo, altiva, a veces, como si no me reconociera. Se come el petisú sola, poniéndose perdida. Con todo, es el pastel que menos le cuesta comer. Una canción de los años sesenta, en la televisión, *Puesto que te casas mañana*, o algo así. Mi vida desde entonces. Y ella, que ha estado tan presente, siempre, en mi vida. Huele mal. No puedo cambiarla. La rocío con colonia.

*diciembre
domingo 1*

No se encontraba los labios, desviándose constantemente hacia la derecha. La he ayudado. Cuando ya no le quedaba nada entre los dedos, ha seguido llevándoselos a la boca. No sé si los niños hacen eso, no lo recuerdo.

Cuando escribo todas estas cosas, escribo lo más rápido que puedo (como si estuviera mal), y sin pensar en las palabras que uso. Hoy llevaba una bata de flores, el tejido estaba todo deshilachado, debido al desgaste. De manera fugaz, he visto a mi madre cubierta de pelo de animal salvaje.

Se ha acabado las frutas escarchadas. Si le dejo el paquete al lado, no lo abrirá, no intentará coger un dulce. Ahora, se limita a tenerlo agarrado, o simplemente quiere romperlo.

La mujer de las gafas lloraba y decía: «Quiero morirme». A su lado, su marido, el hombre de los ojos siempre rojos, le ha contestado con dulzura: «Eres

tú la que me vas a enterrar». Seguramente es verdad. Una mujer gritaba en una habitación igual que un pato perseguido por el patio de una granja.

Antes de irme, le he dado de beber. Me dice: «Te has ganado un premio». Esa palabra me trastorna.

De vuelta a casa, por la autopista, siento en los dedos la colonia que le he echado. Inmediatamente, sin saber por qué, vuelvo a ver la feria de Yvetot, las salidas que hacía con ella. ¿Olor a sus polvos de arroz?

La sombra negra en su cara, la veo a menudo. En mi infancia, ella era para mí una sombra blanca. ¿Cómo he podido olvidar que me ha llamado hasta los dieciséis años su «muñequita blanca»?

Entre mi vida y mi muerte ya solo la tengo a ella, demente.

domingo 8

Se vuelve hacia mí, con la boca abierta, el pelo recogido esta vez. La bata de flores. El mismo olor de siempre. Ni puedo cambiarla ni me atrevo a molestar a las enfermeras y las cuidadoras que charlan detrás del mostrador. Las oigo. Una de ellas repite: «Ese es el problema» y «Hacer todo esto, total para nada» (creo que se refiere a privarse de comer).

No se encuentra los labios, con el primer pastel. Con el segundo, lo consigue. Los progresos son posibles, *aún*. El enfermero, sesentayochero de melena, «idealista» (me lo ha dicho él), viene porque se lo pido yo a ver el lunar que tiene en la cabeza. Le ha sangrado.

domingo 15

Está en la sala, la única que está de cara a la pared, en su silla de ruedas. Hay guirnaldas colgando del techo. Me las enseña y me dice: «Es el vestido de Annie». Solo piensa en mí. El papel pintado de la sala me recuerda bruscamente al del bar de Yvetot antes de 1950. Impresión de que no ha pasado nada desde mi más tierna infancia, que toda la vida no es sino una acumulación de escenas, las unas sobre las otras, y de canciones. Me quedo con todos, delante de la tele. Detrás de mi madre, una mujer se ríe sola. Otra, menos demente, le grita: «¡Deja de reírte! ¡Estás loca!». Luego se mete con otra, completamente chocha, que está

molestando a un hombre sentado en un sillón. Siempre alerta. Junto a la ventana, reconozco al viejo del vestíbulo que quería llamar sin parar a algún contacto que no daba señales de vida. Voz cavernosa de un hombre (¿pero cuál de ellos?), voz *salvaje*, venida como de las entrañas. Las voces se vuelven aquí salvajes.

Hay un Papá Noel en la pared del fondo. Emisión de Jacques Martin, juegos, un tipo ha ganado un viaje a América. La mujer siempre alerta exclama: «¡Hala!», después se verán unas uñas de pies pintadas, eróticas, anuncio. Me he imaginado una vida: niño, adulto, anciano, siempre delante de la tele, con las imágenes siempre iguales: belleza, juventud, aventura.

domingo 22

Estoy sentada en una silla enfrente de ella, con la caja de bombones en las rodillas. Se ha vuelto golosa otra vez, mira con avidez los bombones, intenta cogerlos con sus dedos torpes. Después de cada trocito de chocolate se limpia cuidadosamente la boca. Estoy más baja que ella, tengo que levantar un poco la cabeza. Tengo diez años, la miro, es mi madre. Siempre esa diferencia de edad, siempre el mismo ceremonial.

Al marcharme: «¿Por qué no me llevas contigo? Nos lo pasaríamos mejor».

1986

febrero
domingo 2

Desde que me he decidido a contar su vida, ya no puedo escribir después de las visitas. Puede que ya no lo necesite. Estoy sobre todo en su pasado, su historia. Pero siento cada vez más angustia por ella. Me da miedo que se muera. A veces pienso incluso en traérmela otra vez a casa. Siempre esa reacción irreflexiva que me hizo albergarla en el 70, luego en el 83, para descubrir después que era imposible convivir con ella.

miércoles 12

Al llegar, me la he encontrado mirando al vacío, tendiendo la mano hacia delante, encorvada en su silla de ruedas. Alcanzar, tocar. De ella, muy de ella, ese deseo de querer seguir explorando el mundo alrededor suyo. Podía comer sola, con la mano derecha o la izquierda. Cada vez más flaca. En cada visita, siempre hay un detalle que me deja trastornada, que focaliza el horror. Hoy eran los grandes calcetines marrones que le ponen, hasta la rodilla y que, como le están muy flojos, se le caen sin parar.

Un gesto mío, extraño: levantarle la bata para verle los muslos desnudos. Los tiene terriblemente flacos.

Cuando se ríe, sigue siendo la misma mujer de antes.

El día estaba despejado. Hacía frío. No salgo de esa referencia: el principio

de su enfermedad, «hace dos años...». Entonces salía a pasearse con Maya^[2], quería ver a un notario, subía a acostarse por la noche con los chicos.

jueves 20

Todo se va haciendo más difícil, angustioso. Cuento la infancia, la adolescencia de mi madre, la veo en mi cabeza, la fuerza, la belleza, el calor. Y la encuentro como hoy, dormida, con la boca abierta, desencajada. Necesito gritar: «¡Soy yo, mamá!». Las dos imágenes no pueden coincidir. Y ya me he puesto en marcha, en mi escritura, hacia el momento en que estará así en esa silla de ruedas. Pero si ya no estuviera aquí, si la vida fuera más aprisa que la escritura... No sé si es una tarea de vida o muerte la que estoy haciendo.

Distribución de pasteles. «¡Son las señoras de los jueves!», repite una cuidadora. Mujeres, benévolas, dan a cada una dos pasteles. Ya no me pongo nerviosa cuando escupe los trozos de flan, demasiado grandes. Se los corto más pequeños. Su extrema delgadez me espanta. Quizá ya no tengan paciencia para darle de comer. Me dice: «Contigo estoy en buenas manos...».

marzo

domingo 2

Me parece que, desde hace tiempo, ya no cambia, su estado no se agrava. Me acostumbro. No se encuentra la boca y está llena de moratones, sin duda los golpes que se da contra los barrotes de la cama. Me salen palabras para niños: «¿Te has hecho pupa?» o: «¿Qué se dice?», tontamente.

domingo 16

Le doy un pan de yema con almendras, es incapaz de comerlo sola, sus labios chupan en el vacío. En ese momento, me gustaría que estuviera muerta, que acabe ya con ese estado de degradación. Se pone tiesa, intenta levantarse del asiento, justo después se desprende un olor nauseabundo. Se ha aliviado como un bebé recién nacido al que acaban de dar de comer. Horror e impotencia. Tiene la

mano derecha completamente crispada, me agarra con fuerza, la fuerza de los dedos de un recién nacido.

domingo de Pascua

La tercera Pascua que pasa aquí. Cada vez que llego, me cuesta reconocerla, su cara nunca es la misma, hoy tiene la boca torcida hacia la derecha. Le he traído una gallina de chocolate. El trozo que le he partido es demasiado grande, no le cabe entero, se le resbala, intenta cogerlo, pero en su lugar se agarra la barbilla. Este gesto y todos esos donde forcejea en el vacío me resultan los más dolorosos. A continuación amasa un trozo de chocolate en lugar de llevárselo a la boca, luego intenta comérselo, en vano. Se ha puesto perdida de chocolate. Es el punto en que todo bascula, no solo el horror deja de tener importancia, sino que se hace necesario. Venga, vamos, márchate toda de chocolate. Una especie de rabia que me viene de la infancia, destruirlo todo, ensuciarlo todo y revolcarse en la suciedad. Una rabia esta vez transferida a ella. Después de conseguir que coma y de limpiarla: «¿Tú tienes todos los dientes? Mi dentadura está...». (Palabra incomprensible). Le digo lo primero que se me ocurre, como se hace con los niños.

La vecina de mi madre está llorando, sollozando en su silla de ruedas; quiero ofrecerle un bombón, lo rechaza levantando la cara, muy fea, congestionada por las lágrimas. No puedo soportarlo. Ni esto: me levanto para verificar el freno de la silla de mi madre: se inclina y me besa el pelo. Sobrevivir a ese gesto, a ese amor, a mi madre, mi madre.

abril *domingo 6*

Su rostro es todo dulzura, no queda ni rastro de las mandíbulas crispadas, de esa mirada acorralada. Le habían puesto unos calcetines altos de lana, hasta el muslo. Se ha levantado la bata, llevaba mercromina en las ingles, sin duda a causa de la maceración del pis, irritante. Ahora ha «alcanzado» a aquella mujer que veía yo hace dos años aquí, en Pascua, que enseñaba el sexo sin pudor.

lunes 7

Se ha muerto. Siento una pena inmensa. Llevo llorando todo el día. No sé lo que está pasando. Esa es la clave. Se acabaron las cuentas, eso es. No puede preverse el dolor. El momento ha llegado sin haberlo imaginado, sin haberlo previsto. La prefería loca que muerta.

Tengo ganas de vomitar, me duele la cabeza. He tenido todo este tiempo para reconciliarme con ella pero no lo he intentado lo suficiente. No haber pensado ayer que quizá era la última vez que la veía.

Las forsythias que le traje ayer siguen aún encima de la mesa, en el tarro de mermelada. Le había traído también chocolate relleno de «frutas del bosque» y se había comido toda la tableta. La había afeitado, le había puesto colonia. Se ha *terminado*. No era «nada más que la vida». Tendía las manos hacia delante para aferrarse.

Parece una pobre muñequita. He dado a la enfermera el camisón con el que quería que la enterraran, blanco de puntillas. No quieren que haga nada. Quería ponérselo yo.

Ya no la oiré más.

No consigo acordarme de sus palabras de ayer, de ninguna. Sí, dijo a unas personas «cojan esas sillas, siéntense», o algo así.

martes 8

Este día que no ha amanecido para ella. Ella era la vida, nada más que la vida, y la violencia. El tiempo es gris, esta ciudad nueva que nunca le gustó, y en la que ha muerto. ¿Voy a salir de este dolor?

Todos los gestos me llevan a ella. Quizá agotar este dolor, cansarlo contando, describiendo. No puedo releer las notas anteriores, demasiado dolor. Lo más terrible es la relación entre estos dos años y medio de degradación, durante los que se había acercado mucho a mí, y su muerte. Se había vuelto de nuevo una niña pero no crecerá. Mi deseo, cada vez, de alimentarla, de cortarle las uñas, de peinarla. El domingo de Pascua, su pelo limpio, suave. No poder imaginar que eso se acabe.

Aún hoy, no se ha terminado del todo.

Mañana podré echar una flor dentro de su ataúd, ponerle su rosario. Pero por nada del mundo, algo *escrito*. Horror de imaginar un libro sobre ella. La literatura no puede nada.

He pasado por Les Louvrais, ese barrio gris que nunca le gustó, esa región parisina donde fue desgraciada. Ganas de acercarme a la peluquería adonde la llevé en enero del 84.

El imperfecto ahora, «era», etc. Esta noche, en pleno insomnio, «ahora le toca al pluscuamperfecto». Y vuelve una y otra vez el último domingo, el último día.

jueves 10

Siento una angustia como si fuera a pasar algo. Me doy cuenta de que ya no sucederá nunca nada.

«Por fin están reunidos» (mi padre y ella), «Ya descansa». Esas frases que no entiendo, que me dejan fría, pero supongo que hay que pronunciarlas. En la carnicería, esta mañana (la última vez que fui, fue «antes»), esa lentitud de la gente eligiendo escrupulosamente ese trozo o el otro. Qué horror.

Me he vuelto a ver sentada junto a ella el domingo, leyendo las historias de Vadim con Bardot. Había estirado la mano un momento hacia el periódico. La otra vieja quería cerrar la puerta.

He bajado al trastero. Estaba su maleta, su monedero, un bolso de verano blanco y varios pañuelos. Me quedo embobada ante esos objetos, no sé a qué estoy esperando.

No tengo ganas de abrir el correo. No puedo leer.

Sé que no me he encontrado en semejante estado más que dos o tres veces en mi vida, después de una pena amorosa, después del aborto. Mi pesar, antaño, cuando no pude dar con ella en Rouen, un jueves por la tarde. Cuando tuve que separarme de ella en Calais antes de coger el barco para Inglaterra, en el 60.

Yo había aceptado que se convirtiera en una niña, y no crecerá. Por primera vez entiendo el verso de Éluard, «el tiempo desborda».

Todo lo que me piden, artículos, debates, todo me parece imposible, inútil.

Lo peor, desde hace dos años, haber escrito sobre ella, un texto en *Le Figaro*, una novela corta para *L'Autre Journal*. notas después de mis visitas. No pensar que podía morir.

Me han enviado exámenes para corregir. No es la sensación habitual de fastidio sino el sentimiento de que podría corregirlos o no, que no tiene ninguna importancia que se corrijan o no.

Creía que iba a morir, cuando tenía cinco años, cuando se fue sola de peregrinación a Lourdes.

He buscado el amor de mi madre por todas partes en este mundo. No es literatura esto que estoy escribiendo. Veo la diferencia con los libros que he hecho, o más bien no, porque no sé hacer libros que no sean esto, este deseo de salvar, de comprender, pero de salvar primero. Al teléfono, Annie M. me ha dicho que no se puede transcribir directamente lo que se siente, que hay que dar un rodeo. No sé.

El odio y el amor. Nunca pude decirle mi aborto. Pero ya no tiene importancia.

Releo varias veces el periódico antes de captar el sentido. No hay libro que pudiera soportar. Algunos serían intolerables porque contarían lo que acabo de vivir. Los demás perfectamente inútiles, fabricaciones.

El deseo de volver a la peluquería de Les Cordeliers, adonde la llevé en enero del 84.

Podría esperar, escribir no, no puedo.

En el estado en el que me encuentro, podría «hundirme más» aún, lo noto.

Todas las penas vividas no han sido más que ensayos de esta.

Al teléfono, he quedado para que vengan a afinar el piano. La mujer dice: «Estamos a 9. ¡Ay, no, a 10!». Se echa a reír. Hay un montón de gente en el mundo a la que le da igual que estemos a 9 o a 10 de abril.

Horror solo de pensar en releer el «diario» de visitas.

Vuelvo a casa, tengo que hacer la cama, la comida. Nada es necesario. Cuando me siento en el despacho, solo puedo escribir sobre esto.

He trabajado en el huerto. Es el momento en el que me he olvidado más. Removía la tierra, arrancaba las malas hierbas del camino. Hace el mismo tiempo que cuando aún estaba viva, frío y niebla.

Sin duda podría esperar antes de escribir sobre mi madre. Esperar a evadirme de esos días. Pero ellos son la verdad, aunque no sepa cuál.

Cuando escribía sobre ella después de las visitas, ¿no era para retener la vida?

Sé que no estoy bien porque releo los exámenes de los alumnos dos o tres veces antes de entenderlos.

Tengo que ponerme a contarlos, si quiero «superar el bache». Me he acordado de que había una carpeta con los papeles de mi madre. No he podido tirar casi ninguno, solo dos o tres. Estaba la solicitud de cambio de dirección de Yvetot a Cergy de septiembre del 83 a septiembre del 84.

Me duele la tripa de vez en cuando, por ejemplo al ver ese impreso. No hago nada y sin embargo sé que ya no tengo nada que esperar.

Lo único que puedo leer es el periódico.

Un día quizá pueda releer las notas que escribía al volver de mis visitas, la vida y la muerte se me presentarán como una continuidad.

En este momento, estoy en plena ruptura, en cortar con ese lunes.

sábado 12

En una tarjeta de pésame de una de sus amigas de Annecy: «¡Es la vida!». Me quedo alelada ante la expresión.

La semana pasada, en el coche, estuve intentando llegar antes de una hora determinada y deduciendo lo que me sucedería, si lo conseguía. Ya no espero nada.

Comprender esto de verdad: una mujer que había perdido a su hijita de diez meses, en el barrio de mi infancia, fue a la peluquería esa misma tarde.

Este miedo que tengo a releer lo que he escrito sobre ella. Miedo también a escribir sobre el sepelio, sobre el último día en que la vi viva.

Hace dos días que intento, sin conseguirlo, unir ese día que era igual que todos los domingos en que iba a verla, y el lunes, el último día, el día de su muerte. La vida, la muerte, se quedan cada una a un lado, disyuntivas.

Estoy en plena disyunción. Puede que un día deje de ser así, y todo aparezca ligado, como en una historia. Para escribir, tendría que esperar que esos dos días se fundieran con el resto de mi vida.

Sé que me encuentro en este estado porque desde hace dos años y medio — fue el día en que me la encontré dormida— deseé que viviera. La acepté así, degradándose.

Ahora le veo el sentido a aquel día. Era una tarde de mayo, hacía sol. Ella

estaba acostada, dormida. Me acordé de mi infancia, los domingos por la tarde cuando nos dormíamos juntas. Y luego de Sées, en 1958, cuando sentía frío en la cama, obsesionada por Claude G., y a causa de A. en el 84. Un único y mismo amor.

Al despertarme, «sé» que mi madre está muerta. Todas las mañanas salgo de su muerte. Ayer, me venía a la mente el tipo de la funeraria, con la cabeza ligeramente inclinada por compasión profesional, con la raya a un lado.

domingo 13

Sigue el frío. Ayer, nieve. El mismo pensamiento al despertarme.

Los primeros días no he hecho más que llorar sin poder contenerme. Ahora me pasa de repente, por un detalle, al ver un objeto.

Hoy es domingo, por primera vez no iré al hospital a eso de las dos o las tres.

Había comprado forsythias en el pueblo.

Más pena por fuera que por dentro. Como si la buscara fuera. Fuera es el mundo. Antes ella estaba en alguna parte, en el mundo.

Septiembre del 83, estamos juntas en su apartamento clasificando y tirando papeles antes de que se venga a Cergy, a mi casa. Ya es pues el principio del fin.

No poder releer las páginas de antes.

No poder tampoco «escribir en serio» sobre ella.

He intentado acordarme de todos los detalles de la última visita, como si así estuviera salvando algo.

lunes 14

Esta mañana, me parecía que seguía viva. En la panadería, delante de los pasteles, «ya no tengo que comprar más», como «ya no tengo que ir al hospital».

Pensar en la canción *Las rosas blancas*, que me hacía llorar de niña. Lloro otra vez, por eso, por la canción.

miércoles 16

En cuanto estoy en mi despacho, sola, me siento abrumada de nuevo. No puedo hablar de ella, y escribir cualquier otra cosa es imposible.

La primera vez que he escrito «mamá se ha muerto». Horrible. Nunca podré escribir esas palabras en una ficción.

domingo 20

He visto fotos de ella, con cincuenta años. Sensación de que está viva, desbordante, medio rubia medio pelirroja. Una foto en blanco y negro, y es como si viera la foto en color, con sol.

Entre las tres y las cuatro, me han entrado ganas de contar la última vez que la vi viva, hace justo dos semanas

lunes 28

Acordarme de esa mañana en que, a partir de una palabra en una factura, «*les eaux vannes*» («las aguas fecales»), empecé a llamarla Vanné, cuando tenía seis, siete años. Se me saltan las lágrimas. Es el tiempo.



ANNIE EMAUX nació en 1940 en Normandía. Pasó su infancia y juventud en la localidad de Yvetot hasta marcharse a Rouen para cursar estudios universitarios de literatura. Ha dedicado su vida a la enseñanza como profesora de letras modernas. Es autora de una obra esencialmente autobiográfica e intimista, con títulos como *El lugar*, *La mujer helada*, *La vergüenza*, *El acontecimiento*, *La ocupación*, *Memoria de chica*. Entre los numerosos galardones recibidos destaca el Premio de la Lengua Francesa otorgado en 2008 al conjunto de su obra. Annie Ernaux es hoy una de las escritoras más reconocidas del panorama literario francés y europeo. Actualmente reside en Cergy, cerca de París.

Notas

[1] Población del Val-d'Oise donde hay una residencia de ancianos privada.
(Nota de la autora). <<

[2] La perra que teníamos. (Nota de la autora). <<